

ne el don de ciencia como el hijo supone al padre. El que está dotado de él, es teólogo y posee en germen todas las ciencias. En efecto, añade Donoso Cortés: "Posee la verdad política el que conoce las leyes á que están sujetos los gobiernos; posee la verdad social el que conoce las leyes á que están sujetas las sociedades humanas; conoce estas leyes el que conoce á Dios; conoce á Dios el que oye lo que El afirma de sí, y cree lo mismo que oye. La teología es la ciencia que tiene por objeto esas afirmaciones. De donde se sigue, que toda afirmacion relativa á la sociedad ó al gobierno, supone una afirmacion relativa á Dios; ó lo que es lo mismo, que toda verdad política ó social se convierte forzosamente en una verdad teológica.

"Si todo se explica en Dios y por Dios, y la teología es la ciencia de Dios, en quien y por quien todo se explica, la teología es la ciencia de todo (1). Si lo es, no hay nada fuera de esa ciencia, que no tiene plural, porque el todo, que es su asunto, no le tiene. La ciencia política, la ciencia social no existen, sino en calidad de clasificaciones arbitrarias del entendimiento humano. El hombre distingue en su flaqueza lo que está unido en Dios con una unidad simplicísima. De esta manera distingue las afirmaciones políticas, de las afirmaciones sociales y de las afirmaciones religiosas, mientras que en Dios no hay sino una afirmacion, única indivisible y soberana. Aquel que cuando habla explícitamente de Dios, y que cuando habla explícitamente de cualquier ciencia, ignora que habla implícitamente de teología, puede estar cierto de que no ha recibido de Dios sino la inteligencia absolutamente necesaria para ser hombre (2)."

Gracias al don de ciencia, difundido por el mundo, los

1. Por consiguiente, el principio de todo saber es el don de ciencia.

2. *Ensayo, &c.*, *ibid.*

siglos cristianos han visto tantas veces á esos teólogos admirables, y por consiguiente, verdaderos sábios, de todas las edades y condiciones, Bernardo, Francisco de Asis, Teresa de Jesús (1), Catalina de Sena, pastores, campesinos y aun niños, gentes sin letras humanas, pero dotadas del olfato de la verdad, permítasenos la frase, que sabían descubrirla con maravilloso instinto y hablar de ella, á veces con una sencillez que parecia su ser natural, á veces con una energía que subyugaba las convicciones más rebeldes, á veces con una profundidad que asombraba á los sábios y con un buen sentido tan seguro que sus apreciaciones se convertian en otros tantos axiomas y reglas de conducta.

Este don precioso no se ha perdido. Hoy mismo ¿dónde hay que buscar la ciencia de la vida, la rectitud del juicio, la certidumbre de las afirmaciones, la intuicion del conjunto que enlaza el fin con los medios y los medios con el fin, el sentido práctico de las cosas, ese gran maestro de la vida, como le llama Bossuet? No en las academias literarias, ni en las asambleas políticas, ni en las corporaciones que presumen de sábias; buscad todo eso en los verdaderos cristianos.

"La ciencia de Dios, continúa el ilustre publicista español, da al que la posee sagacidad y fuerza: porque á un mismo tiempo aguza el ingenio y lo dilata. Lo que para mí hay de más admirable en la vida de los Santos, y señaladamente en la de los padres del Yermo, es una circunstancia que aún no ha sido apreciada debidamente. Yo no sé de ningun hombre acostumbrado á conversar con Dios y ejer-

1. El sabio autor francés no llevará á mal que intercalemos aquí justísimamente el nombre inmortal de la incomparable doctora mística, honra de su sexo y gloria preclarísima de España.

(Nota del Traductor).

citarse en las divinas especulaciones, que en igualdad de circunstancias no se aventaje á los demás, ó por lo entendido y vigoroso de su razon, ó por lo sano de su juicio, ó por lo penetrante y agudo de su ingenio, y sobre todo, no sé de ninguno que en circunstancias iguales no saque ventaja á los demás en aquel sentido práctico y prudente que se llama el buen sentido (1)

3º ¿Cuánta es la necesidad del don de ciencia? El don de ciencia, ya lo hemos visto, nos hace discernir con certidumbre lo verdadero de lo falso, lo real de lo imaginario. ¿Ha sido nunca más necesario que hoy? En un mundo que niega á Dios, que niega á Jesucristo, que niega la Iglesia, que proclamando la igualdad de todas las religiones envuelve la verdad y el error en un desprecio comun, que niega la distincion absoluta del bien y del mal, que llama progreso á lo que no es sino desviacion, y luz á las tinieblas y libertad á la servidumbre, ¿cómo discernir lo verdadero de lo falso? En un mundo que no vive más que para las riquezas, los honores y los placeres, que no estima en nada los bienes del alma y de la eternidad, que ha llegado á tratar de quimera el mundo sobrenatural todo entero, ¿cómo será posible librarse de la fascinacion general? En medio de semejante *Babilonia* ¿no deberemos levantar la vista al cielo y clamar al Espíritu Santo: Señor, Dios mio, ilumina mis ojos para que yo nunca me duerma en la muerte; no sea que alguna vez diga mi enemigo: He prevalecido contra él (2)?”

Este deber es tanto más apremiante cuanto que el hombre se encuentra en la alternativa indeclinable de vivir bajo el imperio del Espíritu de ciencia, ó bajo la tiranía del

1. *Ensayo*. §., lib. II, cap. 8.  
2. Psal. XII, 4-5.

Espíritu contrario. ¿Cuál es este espíritu directamente opuesto al don de ciencia? Segun San Antonino, es el quinto *don* de Satanás, que se llama *Ira*. “El Espíritu de ciencia, dice el santo teólogo, rechaza el Espíritu de ira que impide ver la verdad, lo cual es el oficio de la ciencia (1).” Como la noche viene infaliblemente en pos del dia cuando el sol abandona el horizonte, así el espíritu de ira se apodera del alma que pierde el espíritu de ciencia. Esta afirmacion parece extraña. No se percibe á primera vista la oposicion que hay entre el don de ciencia y la ira. Para comprenderla, es necesario distinguir dos clases de ira y recordar los principales efectos del don de ciencia.

Hay una ira justa y santa que no es de modo alguno contraria al Espíritu de ciencia. Tal fué la ira, ó más bien, indignacion de Nuestro Señor contra los profanadores del templo; tal es la vehemencia con que un predicador truena contra el vicio, y la resistencia enérgica que el propietario opone al ladron ó al asesino. Semejante ira, si por ventura merece este nombre, lejos de ser contraria al don de ciencia, no es sino la ciencia armada para defender un bien verdadero por medios legítimos: no es contraria al don de ciencia; puesto que no perturba la razon ni se excede en nada de los límites de la justicia.

Pero hay otra ira que acusa un gran fondo de descontento y de irritacion, que estalla por causas no legítimas, que tiende á reemplazar la fuerza del derecho por el derecho de la fuerza. Esta es la ignorancia armada para defender un bien ó rechazar un mal, más imaginarios que reales.

En cuanto al don de ciencia que tiene por objeto el conocimiento razonado y cierto de la verdad, su primer efecto

1. *Spiritus scientiæ repellit spiritum iræ, quæ impedit animum ne possit cernere verum, ad quod scientia attendit.* IV p., tit. X, c. I.

consiste en comunicarnos una gran rectitud de juicio, la cual nos hace apreciar y estimar cada cosa en su justo valor, y además obrando sobre la voluntad, regula sus actos por las luces del entendimiento perfeccionado. Ahora bien, el don de ciencia nos hace ver claramente que los bienes y males de este mundo no son ni verdaderos bienes ni verdaderos males; que lo que suelen los hombres llamar mal, la pobreza, la humillacion, el sufrimiento, no es un mal verdadero, y lo que suelen los hombres llamar bien, las riquezas los honores y placeres, no es un verdadero bien, sino muchas veces un mal y siempre un peligro.

El cristiano que gracias al don de ciencia sabe todo esto, y cuya voluntad anda en armonía con su ciencia, tiene mil razones para no llenarse de ira: tales son su dignidad que se compromete, el escándalo que se da, la paz que se altera, el odio que se engendra, el pecado que se comete por la usurpacion del derecho divino de la venganza. Y al revés, para irritarse no encuentra razon alguna. ¿Ni qué podría irritarlo? ¿La injuria? Mas esta es para él una preciosa semilla de mérito. ¿La injusticia ó la ingratitud? Mas él conoce toda la miseria humana, y sabiendo que él mismo necesita de indulgencia, dice: Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen. ¿La pérdida de sus bienes? Más él sabe que perdiéndolos no ha perdido nada propio, y dice con la calma del santo Job: El Señor me lo habia dado, el Señor me lo ha quitado: como ha querido el Señor, así se ha hecho: bendito sea el nombre del Señor. Y lo mismo hace en los demás accidentes que el mundo llama reveses, calamidades y desgracias. Tal es la serenidad del alma iluminada por el Espíritu de ciencia.

Por el contrario, el alma vacía de ese espíritu, luego al punto se llena del espíritu de ira. La razon es muy sencila:

lla: esta alma se forma una falsa idea de las cosas. Ciega en sus apreciaciones, estima, ama, teme sin regla segura. Para ella los males son bienes, y viceversa. Como el gozar tranquilamente, sin contradicciones y sin inquietudes, de lo que ella llama bien, le es tan imposible como el no verse expuesta todos los dias á lo que tiene por mal, se turba, murmura, se irrita, rechaza con violencia lo que va en contra de su mentida dicha, en una palabra, cae víctima de la ira; cae por la falsa idea de su derecho ó por su apreciacion inexacta de los bienes y los males.

Tan cierto es esto, que en todas las lenguas recibe la ira el epíteto de *ciega*; no se le podría aplicar mejor otro alguno. Hija de la ignorancia, la ira impide al hombre reflexionar. Se apaga en él la llama de la razon y cede su lugar á la fuerza. Toda la vida se concentra entonces en los lábios que injurian, en la punta del pié que hiere, en el puño que descarga el golpe (1).

Esto que es verdad respecto al individuo, no deja de serlo respecto á los pueblos y respecto á la humanidad. Suponed apartado de la tierra el don de ciencia ¿qué os queda? La ignorancia de los verdaderos bienes y de los verdaderos males, y con la ignorancia la ira, y con la ira la guerra. ¿Y qué es la guerra? es la ira de los reyes y de los pueblos. ¿Por qué el mundo pagano estuvo siempre en guerra? Porque estuvo siempre dominado por la ira. ¿Por qué siempre dominado por la ira? Porque le faltaba el don de ciencia. Toda su existencia fué muy bien definida por San Pablo con estas palabras: tiempos de ignorancia *tempora ignorantiae*. Ciego apreciador, se apasionó constantemente de los falsos bienes y estuvo siempre en armas para conquistar.

1. Ira dicitur esse janua vitiorum. . . . Removendo, prohibens, id est impediendo judicium rationis, per quod homo retrahitur á malis. *S. Th.*, 2. 2. q. 158, art. 6.

los ó para defenderlos. Por la misma razon, la guerra no fué ni menos viva, ni menos constante, en el órden de las ideas, que en el órden de los hechos. Esta ignorancia hizo perecer el mundo de los Césares, como habia hecho perecer el mundo de los gigantes (1).

¿Por qué, desde hace cuatro siglos, el mundo moderno está en guerra intelectual y material? Porque no cesa de estar dominado por la ira. ¿Por qué no cesa de estar dominado por la ira? Porque le falta el don de ciencia; y faltándole este don, vuelve á ser pagana la estimacion que hace de las cosas, paganas vuelven á ser sus apreciaciones, paganos sus juicios, sus afecciones, sus tendencias, sus afirmaciones, sus negaciones, todo pagano. Examinada en su fondo ¿qué viene á ser la horrible confusion de que somos testigos? Segun la profunda palabra de la Escritura, no es otra cosa que la gran guerra de la ignorancia, *magnum insipientiae bellum*. (2).

Guerra de ideas, porque falta la ciencia divina; guerra de intereses, porque la ciega pasion de los bienes terrenales reemplaza al amor de los bienes espirituales; guerra del hombre contra Dios, porque no conoce la verdad; guerra del hombre contra el hombre, porque ya no conoce la caridad; guerra de todos contra todos, que acabará por catástrofes inauditas, á menos que no le ponga término el Espíritu de ciencia, reinando con la plenitud de su luz y de su fuerza? Y poner fin á semejante azote, conjurar tales desgracias, ¿no es nada? He aquí, sin embargo, el gran servicio que solo el quinto don del Espíritu Santo puede prestar al mundo.

1. Ibi fuerunt gigantes... statura magna, scientes bellum... et quoniam non habuerunt sapientiam perierunt propter suam insipientiam *Baruch*. III, 26, 28.

2. Sap. XIV., 22.

## CAPITULO XXX.

### EL DON DE FORTALEZA.

SUMARIO—Qué sea el don de fortaleza.—Diferencia entre la virtud de fortaleza y el don de fortaleza.—Lugar medio que ocupa entre los siete dones.—Los dos objetos del don de fortaleza: hacer y padecer.—Lo que el hombre debe hacer: reconquistar el cielo.—Tres enemigos que tiene que vencer; el demonio, la carne, el mundo.—Lo que el hombre debe padecer.—Debilidad del hombre.—Efectos del don de fortaleza, ya para hacer, ya para padecer.—Palabras de San Pablo.—Necesidad del don de fortaleza.—Su oposicion con la pereza.—Qué sea el espíritu de pereza.—Lo que obra.—Retrato del mundo, esclavo del espíritu de pereza

El don de ciencia es un magnífico suplemento de la razon. Es para el alma lo que el telescopio para el ojo. Por el conocimiento cierto y razonado de la verdad, nos comunica la sencillez de la paloma y la prudencia de la serpiente, neutraliza los sofismas de la impiedad, ilumina las ciencias humanas y las relaciona en una vasta síntesis. Por la rectitud que imprime al juicio, separa lo verdadero de lo falso, el bien del mal. Por la justa apreciacion de las cosas nos preserva de los encantos fascinadores del mundo y del demonio, de las ilusiones del espíritu, de los errores del corazon, manantial de tormentos y rencores, divisiones y desesperacion.

Resulta de esto, que el don de ciencia en la tierra, es la paz; si este don falta, sobreviene la guerra. Dos razones, sobre todo, debieran hacerlo más apreciable hoy que nunca; el entusiasmo por la ciencia, y la fascinacion producida por las bagatelas. Sin este don necesario, el sábio es un topo